

# 1

## BALANCE INTERNACIONAL: DE LA PANDEMIA A AFGANISTÁN SIN SÍNTOMAS DE MEJORA

Jesús A. Núñez Villaverde,  
codirector del IECAH

FOTO:

**Un grupo de pacientes vuelve a casa tras dejar la clínica de MSF en Kahdestan, en la provincia afgana de Herat.**

© SANDRA CALLIGARO

# 1

## INTRODUCCIÓN

Si en el anterior *Informe* se identificaba a la pandemia de la COVID-19 como el factor más sobresaliente de la agenda internacional, lo mismo ocurre desgraciadamente en el que ahora nos ocupa. A pesar de la espectacular respuesta de la ciencia, capaz de lograr vacunas en un tiempo récord, la realidad es que hoy –cuando las estimaciones oficiales hablan ya de más de cinco millones de víctimas mortales y otras fuentes apuntan a más de 18 millones– estamos todavía lejos de superar la amenaza que representa el coronavirus SARS-CoV-2. Y si bien en el mundo desarrollado se detectan señales de que su efecto mortal parece disminuir, el panorama es muy distinto si se amplía la mirada hacia la totalidad del planeta. Ejemplo destacado de ello es el continente africano, donde apenas se contabiliza un 2% de los 5.700 millones de dosis administradas hasta ahora (septiembre de 2021).

Ese simple dato muestra, por un lado, la **doble vara de medida a la hora de valorar la importancia de salvar vidas humanas** –más allá de cuáles sean sus identidades nacionales, étnicas o religiosas– y, por otro, la cortedad de miras que lleva a no comprender que **mientras no estemos todos y todas fuera de peligro, nadie puede considerarse realmente a salvo**. En todo caso, es una señal más de un mundo en el que se siguen incrementando las brechas de desigualdad y en el que se siguen desatendiendo las causas estructurales que están en la base de procesos que en demasiadas ocasiones terminan por desembocar en violencia.

# 2

## AFGANISTÁN COMO EJEMPLO SOMBRÍO

En este sentido, basta con hacer referencia a Afganistán para encontrarnos con el principal ejemplo de aventurerismo militar, de desprecio por la suerte de quienes ahora sufren la dictadura talibán y de cálculo más netamente nacionalista en el periodo analizado en estas páginas.

Terminada el 31 de agosto de 2021, por imposición talibán, la desastrosa evacuación del personal extranjero y de sus colaboradores/as locales, queda ahora por ver qué va a ocurrir en Afganistán, ya sin tropas internacionales y con los talibanes de vuelta al poder. Lo más inmediato es entender que, como ocurre en tantos otros casos de tragedias humanas **prolongadas a lo largo de años, muy pronto la que afecta a sus casi cuarenta millones de habitantes quedará sumida en el olvido mediático y político**. A fin de cuentas, para los principales actores internacionales nunca ha sido importante el bienestar y la seguridad de la población afgana y el país apenas cuenta en el tablero geopolítico de ajedrez internacional.

Atendiendo a lo que cabe esperar internamente es preciso insistir en que, más allá del actual ejercicio teatral de falsa moderación, los talibanes tratarán de gestionar el país con arreglo a su iluminada visión del islam más rigorista que cabe imaginar y, por tanto, castigarán muy duramente a todo aquel que no acepte su

dictado. Si ahora tratan de aparentar un quimérico comedimiento es únicamente porque necesitan tiempo para consolidar su poder y más manos que las de sus correligionarios para sostener su empeño. Pero no puede haber ninguna duda sobre su intención de recrear el emirato islámico que ya proclamaron en 1996, negando unas libertades y unos derechos básicos que, por desgracia, tampoco cabe pensar que estaban garantizados con el Gobierno que ahora ha colapsado.

Contarán para ello con cómplices interesados en apostar por el que ahora consideran un caballo ganador y, por supuesto, también contarán con resistencias y enemigos declarados. En primer lugar, una buena parte de la población que había comenzado a percibir la posibilidad de vivir de otra manera. Una población, en todo caso, con escasas posibilidades de ir más allá de la resistencia pasiva ante la dictadura que se les viene encima en un país fragmentado sectariamente por claves étnicas y religiosas. Distinto es el caso de los grupos yihadistas activos sobre el terreno, con Wilayat Khorasan (filial local de Dáesh) en cabeza, sin olvidar a otros grupos ligados a Al Qaeda. Aunque algunos de ellos han colaborado previamente con los talibanes en su oposición a las tropas extranjeras y al Gobierno afgano, actualmente mantienen una posición extremadamente radical que les lleva a percibir a las huestes de Hibatullah Akhundzada como excesivamente moderadas y muy escasamente interesadas en el yihadismo transnacional. A ellos se suma la variopinta alianza antitalibán que se está ya conformando en el valle del Panshir, alrededor del exvicepresidente primero Amrullah Sahel y del hijo del legendario comandante Ahmad Shah Masud; aunque, dada la limitación de sus fuerzas y la falta de claros apoyos externos, no parece posible que vayan a estar en condiciones de doblegar por la fuerza a los talibanes. Todo ello augura, en definitiva, más violencia interna, la profundización de la crisis económica, la violación sistemática de los derechos más básicos y la persistencia de una crisis humanitaria que los talibanes tampoco serán capaces de remediar.

---

## **No cabe esperar ninguna acción resolutiva que permita cambiar las tendencias que apuntan a un generalizado empeoramiento**

**No se extrae una mejor imagen de lo que queda esperar a futuro de la actuación de los principales actores internacionales.** Más allá de las tan reiteradas como inanes declaraciones de preocupación, consternación y condena de la ONU, la OTAN o la Unión Europea (UE) por lo que vaya a pasar, no cabe esperar ninguna acción resolutiva (y menos aún militar) que permita cambiar las tendencias que ahora apuntan a un generalizado empeoramiento. La salida de Estados Unidos no supone que ni Pekín ni Moscú estén deseando tomar el relevo. A ambos les bastará con comprometer a los talibanes en el intento de evitar que Afganistán se convierta nuevamente en un santuario para grupos hostiles a sus intereses; lo que supone que, llegado el caso, veremos a los talibanes recibiendo apoyos foráneos para hacerles frente. Por su parte, es de esperar que, aunque sea inicialmente con cuentagotas, los principales beneficiarios de la victoria talibán –Pakistán, sobre todo– vayan dando el paso de reconocer formalmente al nuevo régimen.

En paralelo es tan probable que se intensifique el flujo de personas que traten de escapar del país como la resistencia de quienes, aunque sean corresponsables en la creación del problema, harán todo lo posible por evitar que los/as desesperados/as lleguen a su propio territorio. Pakistán e Irán, junto con Turquía, serán previsiblemente los destinos preferentes de los miles de personas que se verán forzadas a dejarlo todo atrás con tal de seguir viviendo. Un drama humano demasiado frecuente hoy –cuando a finales de 2020 ACNUR contabilizaba

ya 82,4 millones de personas refugiadas y desplazadas a nivel mundial<sup>1</sup>-, pero asumido como un componente habitual y normalizado de un mundo en el que los valores, los principios y las normas más básicas del derecho internacional siguen arrinconados frente a los intereses geopolíticos que se permiten jugar, sin tener que asumir responsabilidad alguna, con las vidas de tantos seres humanos.

## 3

### VIOLENCIA Y AMENAZAS EN EXPANSIÓN

En un segundo plano de la actualidad internacional, y mientras Afganistán pierde interés mediático y político, **son muchos otros los focos de conflictos que siguen activos en diferentes rincones del planeta, muchos de ellos considerados eufemísticamente como «olvidados»**. La Escola de Cultura de Pau, en su informe *Alerta 2021*, contabiliza 34 conflictos armados en 2020, la misma cifra que en 2019. La mayoría de ellos se concentró en África (15) y Asia (9), seguidos por Oriente Medio (6), Europa (3) y América (1). Dos de ellos surgieron en 2020: Etiopía (Tigray) y Armenia-Azerbaiján (Nagorno-Karabaj). A esa cifra se suman los 95 escenarios de tensión en todo el mundo (uno más que en 2019), con África en cabeza (38), seguida de Asia (25), Oriente Medio (12) y Europa y América Latina (10 en cada caso). Cualquiera de ellos puede servir de ejemplo para destacar la **misma falta de voluntad política para idealmente prevenirlos o al menos paliar sus efectos y resolverlos**, el mismo desprecio por las tragedias humanas que provocan cuando no están en juego los intereses vitales de las grandes potencias y la misma incapacidad de la ONU y de las organizaciones regionales para imponerse a los cálculos nacionalistas. Y eso vale tanto para hablar del conflicto que asola la región etíope de Tigray –con el añadido de una grave crisis humanitaria que se analiza en este mismo *Informe*–, a Haití –con el añadido del asesinato de su presidente el pasado 7 de julio– o a Venezuela y tantos otros.

En paralelo al desarrollo de estos conflictos y crisis abiertos, resulta llamativo el auge de los golpes de Estado. Algunos saltan de inmediato a la vista –como los registrados en Birmania, Chad, Mali, Níger y Guinea en lo que va de año–; otros generan dudas sobre su calificación –como el del presidente tunecino Kais Saied el pasado 25 de julio– y hasta alguno fracasa –como los sufridos en febrero en Armenia y en Sudán a finales de septiembre–. En todo caso, y al igual que ocurre con el recurso a otras modalidades de violencia –ensalzada si con ella se logra la victoria y condenada si termina en derrota–, la ilegalidad inherente a todo golpe de Estado desaparece de inmediato si sus promotores logran su objetivo de controlar el poder político, lo que ocurre en un 60% de los casos, empleando para ello un reiterativo discurso en el que se mezclan apelaciones altisonantes que apenas esconden el afán de poder de sus líderes, sean civiles o militares.

---

**En paralelo al desarrollo de conflictos y crisis abiertos, resulta llamativo el auge de los golpes de Estado**

1

20,7 millones bajo mandato ACNUR, 5,7 millones bajo mandato UNRWA, 48 millones desplazados/as internos/as, 4,1 millones solicitantes de asilo y 3,9 millones de venezolanos/as desplazados en el extranjero.

No tiene, desde luego, la exclusividad, pero las estadísticas no dejan lugar a dudas sobre el hecho de que **África** es el continente más afectado. **En su todavía corto periodo de independencia acumula más de 200 golpes y hoy tres de cada cuatro asonadas en el mundo se han producido en alguno de los 54 países del continente.** Peor aún, aunque a mediados de la pasada década parecía que el golpismo había perdido irreversiblemente atractivo, desde 2017 (Zimbabue) la frecuencia no ha hecho más que aumentar y algunos países –como Benín, Burkina Faso, Burundi, República Centroafricana, Chad, Comoras, Ghana, Guinea-Bissau, Lesoto, Mauritania, Nigeria, Níger, Sierra Leona, Sudán y Togo– han sufrido más de una vez esa lacra. Una lacra a la que se suma, también con creciente pujanza, la de los gobernantes que se sienten imprescindibles y deciden violar sus propias Constituciones para prolongar sus mandatos más allá de lo permitido (en lo que solo cabe calificar como una variante golpista más).

A la hora de asignar responsabilidades en la ruptura de un determinado *statu quo*, resulta inmediato centrar la mirada en los golpistas, dado que son ellos los que producen directamente esa quiebra. En ese nivel de lectura no deja de resultar llamativo que buena parte de los golpes no son liderados por los altos mandos, sino por mandos intermedios (en su inmensa mayoría formados en centros militares extranjeros); lo que indica una total falta de cohesión interna de las Fuerzas Armadas y un afán de protagonismo personal que hace aún más difícil frenar a sus instigadores. Pero eso dejaría de lado la que afecta a muchos gobernantes crecientemente ilegítimos, que usan el aparato estatal en su propio beneficio, sin preocuparse en atender las necesidades básicas de su población, sin lograr las que las Fuerzas Armadas y de seguridad sean eficaces instrumentos para garantizar el monopolio legítimo de la fuerza y, en definitiva, sin verdadera capacidad y voluntad para ir más allá de atender a su agenda personal.

Uno de los elementos principales para frenar esta inquietante tendencia es el de **aumentar el coste que pueda tener para los golpistas su osadía.** Y en esa línea **cobra relevancia el papel de las potencias extranjeras** que tanto se inmiscuyen en los asuntos africanos y **las propias organizaciones regionales del continente y la Unión Africana.** Desgraciadamente las primeras –con Estados Unidos y Francia en cabeza, pero sin olvidar a Rusia y China– no parecen muy dispuestas a asumir su corresponsabilidad en la creación del problema ni tampoco a presionar demasiado a los golpistas por temor a que su potencial castigo pueda ser aprovechado por sus rivales para ampliar su radio de influencia. Las segundas están, además, limitadas por su propia debilidad estructural y por las divergencias internas entre sus miembros.

---

## **Fuerzas Armadas: falta de cohesión interna y afán de protagonismo personal, lo que hace difícil frenar a sus instigadores**

# 4

## A VUELTAS CON EL TERRORISMO Y MÁS ALLÁ

El *Informe* se cierra cuando se conmemoran los veinte años del 11-S y la primera conclusión a extraer es que son muy pocos los éxitos cosechados y las lecciones aprendidas en términos de lucha contra la amenaza terrorista. De hecho, lo único que Estados Unidos (EE. UU.) puede anotar en su haber es que, efectivamente, no ha vuelto a sufrir en su territorio un atentado similar a aquellos. Dado que ese era el objetivo original de la «guerra contra el terror», que comenzó con la invasión de Afganistán en octubre de 2001, cabría concluir que todo lo demás –a anotar en el apartado del «debe»– serían apenas efectos colaterales perfectamente asumibles.

Pero difícilmente se puede sostener ese juicio –aunque incluya la eliminación de Osama bin Laden y Abubaker al Bagdadi– cuando son tantos los errores acumulados y no pocos los efectos perversos de la desventura militarista que inició George W. Bush. Ahí queda, para empezar, el desprecio estadounidense a una OTAN que, por primera vez en su historia, activó el artículo V del tratado y se encontró con que Washington prefirió montar una «coalición de voluntades» claramente unilateralista a pesar de las apariencias. Desde entonces se ha ido ensanchando la fractura interna de una Alianza cada vez más desnortada, junto a la que afecta a la Unión Europea y a EE. UU.; precisamente cuando más necesaria es la cooperación trasatlántica para hacer frente a problemas tan serios como la crisis climática o la emergencia de China.

**Por el camino ha quedado ¿irreparablemente? dañada la credibilidad de Washington como garante último de sus aliados.** ¿Qué confianza pueden tener hoy Taiwán, Ucrania o los países bálticos frente a las amenazas que perciben de China o Rusia, cuando EE. UU. ha dejado abandonada a la población afgana bajo la presión de un simple grupo irregular? Por muy racional que sea su intención de salirse de un escenario en el que no están en juego sus intereses vitales para poder concentrar su esfuerzo en hacer frente a Pekín y Moscú, es inevitable pensar que su condición de hegemón mundial queda aún más erosionada de lo que ya lo estaba antes de la deplorable retirada de Kabul.

**La «guerra contra el terror» ha empantanado a EE. UU. en una tarea incierta,** dejando margen de maniobra sobrado a China y Rusia, y ha habido que esperar a la primera Estrategia Nacional de Seguridad firmada por Donald Trump en 2017 para reconocer que ese era un marco inadecuado y que, en su lugar, el nuevo vendría definido por la competencia entre potencias globales. El problema es que ahora llega a esa competencia en peores condiciones que antes y, entretanto, ha despilfarrado ingentes recursos humanos y económicos, sin lograr eliminar la amenaza terrorista y, mucho menos, sin democratizar el mundo islámico, mientras sus infraestructuras y servicios se han deteriorado significativamente, precisamente cuando le resultaban más necesarios para responder a la Gran Recesión, que ha dejado a muchos atrás y ha aumentado muy peligrosamente la polarización social. Los planes de ayuda que está tratando de sacar adelante Joe Biden buscan, precisamente, modernizar a Estados Unidos y frenar el *trumpismo* con vistas a las elecciones legislativas del próximo año y a las presidenciales de 2024.

---

**11-S: son muy pocos los éxitos cosechados y las lecciones aprendidas en términos de lucha contra la amenaza terrorista**

---

## Lo ocurrido no ha servido para entender que no hay solución militar contra el terrorismo

**Tampoco parece que lo ocurrido haya servido para entender que no hay solución militar contra el terrorismo y que la lucha contra esa amenaza demanda un esfuerzo sostenido de largo plazo** que, por definición, debe ser multilateral y multidimensional para atender precisamente a las casusas estructurales –sociales, políticas y económicas– de las que el yihadismo se alimenta. Igualmente, nada indica que se haya aprendido la lección de que jugar con fuego –creando o potenciando a los muyahidines, a los Sadam Husein, a los talibanes y a tantos otros como instrumentos circunstanciales subordinados a visiones cortoplacistas– acaba provocando más problemas de los que aparentemente resuelve. Y lo mismo cabe decir sobre la imposibilidad de crear democracias y Estados de derecho *manu militari*, sobre todo si se acaba apostando por individuos y grupos que solo buscan aprovechar en su propio beneficio el apoyo recibido.

**Mientras tanto, la amenaza del terrorismo yihadista no solo sigue presente, sino que se ha ampliado a nuevos escenarios**, desde el Sahel africano a Mozambique o al subcontinente indio. Con las redes creadas por Al Qaeda y Dáesh a la cabeza también han evolucionado sus modalidades de actuación, haciendo aún más problemático evitar sus golpes. Sin olvidar su *modus operandi* tradicional, en estos últimos años ha cobrado más importancia la denominada «resistencia sin liderazgo», un terrorismo de bajo coste que, sin necesidad de complejos preparativos ni ejecutores muy cualificados, pueden golpear a cualquiera en cualquier momento, garantizando el eco mediático y el mantenimiento del clima de terror que tan necesario les resulta para sus objetivos. Un yihadismo que, inevitablemente, sale globalmente reforzado tras el desastre afgano que, a buen seguro, ya se encargaran sus eficaces redes de propaganda de presentar como una nueva victoria contra los infieles.

## 5

### EL MUNDO AL REVÉS

Y todo ello ocurre en un mundo que, al menos en ocasiones, parece moverse hacia atrás. Mientras el planeta está cada día más interconectado gracias, sobre todo, al impresionante desarrollo de los sistemas de telecomunicaciones y de transporte, y son bien visibles los beneficios de la interdependencia que ello genera, **aumenta el número de muros y vallas fronterizas que tratan infructuosamente de cerrar el paso a millones de personas.**

Sabemos, con los datos que aporta la Organización Internacional para las Migraciones, que en un mundo que ya habitamos más de 7.800 millones de personas tan solo 272 millones residen en un país distinto al de su nacimiento; es decir, los migrantes internacionales apenas suponen un 3,5% del total, incluyendo las personas refugiadas y desplazadas ya mencionadas anteriormente.

Se trata de cifras que demasiado a menudo se presentan como señal inequívoca de una supuesta amenaza que, vista desde los privilegiados países occidentales, pondría en peligro nuestras señas de identidad y equivaldría a una invasión en toda regla. Una equivocada percepción que no solo olvida las indudables ventajas de esa corriente migratoria para el mantenimiento del Estado de bienestar y la corresponsabilidad occidental en la creación de muchos de los problemas que terminan estimulando

---

## **Una mirada general a ese mundo crecientemente amurallado muestra que se trata de una apuesta muy costosa**

esos mismos flujos de población, sino que también provoca una sobrerreacción securitaria, traducida en más y más obstáculos para quienes se ven forzados a buscar una vida digna fuera de sus lugares de origen o, sencillamente, a escapar de un conflicto violento o un desastre que pone en peligro sus vidas.

Así, mientras que al final de la II Guerra Mundial había un total de siete muros, cercas o vallas fronterizas en el planeta, cuando cayó el muro de Berlín al final de la Guerra Fría (1989) ya eran quince y hoy se contabilizan al menos 63.<sup>2</sup> De ellos el 56% están ubicados en Asia (37), el 26% en Europa (17) y el 16% en África (11), mientras que en América tan solo hay uno, sin completar, entre Estados Unidos y México. Una realidad que, atendiendo a los argumentos más usados por sus constructores, responde a la percepción de amenazas derivadas de la inmigración irregular (32%), el terrorismo (18%) y el narcotráfico (10%). Esto último significa que las disputas territoriales han dejado de tener un peso significativo en la decisión de algunos Gobiernos para construir este tipo de barreras, al igual que ha ocurrido con la respuesta a una guerra civil en el territorio de un país vecino. Por el contrario, y al margen de los argumentos formales que cada constructor suele presentar, cada vez es más claro que son las desigualdades económicas las que en mayor medida explican este creciente comportamiento neofeudal de encastillamiento dentro de fortalezas supuestamente impenetrables.

Sin olvidar que algunos países, como Australia, no necesitan recurrir a este tipo de infraestructuras, aunque no por ello su gestión de los flujos migratorios dirigidos hacia sus territorios sea menos brutal, son países como Israel (6 muros), Irán (3), India (3); lo que supone que el 43% de sus fronteras internacionales están amuralladas, Marruecos (3), Arabia Saudí (2), Emiratos Árabes Unidos (2), España (2), Jordania (2), Hungría (2), Kazajistán (2), Lituania (2), Sudáfrica (2), Turkmenistán (2) y Turquía (2) los que destacan en cabeza.

Una mirada general a ese mundo crecientemente amurallado muestra que se trata, en primer lugar, de una apuesta muy costosa. Cabe recordar en ese punto los 5.700 millones de dólares que Donald Trump demandaba inicialmente para llevar a cabo su plan de completar un muro, a lo largo de su frontera común de 3.100 kilómetros, cuyo coste total se estima entre los 12.000 millones y los 40.000 millones de dólares. Por su parte, Israel lleva gastados ya desde 2012 unos 3.000 millones de dólares en los 525 kilómetros del muro de separación con Cisjordania (de un total previsto de 725 kilómetros). Por lo que respecta a España, en el periodo 2005-2015 ha dedicado un total de 60,5 millones de euros a perfeccionar las vallas de Ceuta y Melilla –en obras de mejora, ampliaciones y mantenimiento anual–; contando con que la erigida en Melilla ya supuso en 1998 un coste de 33 millones de en su primera versión.

Pero es que, incluso desde el punto de vista de su utilidad para lograr el fin propuesto por sus constructores, la realidad obliga a concluir que, sencillamente, no sirven. Ni logran detener a los desesperados que no tienen nada que perder por intentar traspasarlos, ni mucho menos a los terroristas y criminales que disponen de medios alternativos suficientes para burlarlos.

---

2

Datos del Centre Delàs en su informe "Mundo amurallado. Hacia el apartheid global", 2020.

# 6

## UN MÍNIMO ATISBO DE ESPERANZA

---

### La idea de lograr un mundo sin armas nucleares no está, ni mucho menos, a la vuelta de la esquina

Entre los apuntes inicialmente positivos que nos deja el periodo aquí analizado, cabría interpretar en esa clave la entrada en vigor, el pasado día 22 de enero, del Tratado de Prohibición de Armas Nucleares (TPAN). Aun así, de inmediato queda claro que la idea de lograr un mundo sin armas nucleares no está, ni mucho menos, a la vuelta de la esquina. Así, siguiendo el Anuario SIPRI 2021, se estima que a principios de este año había un total acumulado por las nueve potencias nucleares de 13.080 cabezas nucleares estratégicas, mientras que un año antes la cifra era de 13.400, muy lejos en ambos casos de las más de 60.000 que se contabilizaban en los momentos de máxima tensión de la Guerra Fría.

Sin embargo, basta con recordar, en primer lugar, que los avances tecnológicos incorporados a este campo implican que el poder destructivo de una ojiva moderna supera exponencialmente al que tuvieron las de la generación anterior; por lo que cabe concluir que no necesariamente un número menor de ojivas significa una amenaza menos preocupante. Además, como señala el citado Anuario, se está produciendo un aumento en el número de cabezas desplegadas en manos de unidades militares operativas. Si en enero del pasado año se calculaban en un total de 3.720, un año después habían pasado a ser 3.825. Una dinámica alcista que parece indicar un **renovado interés por añadir al tradicional papel de estas armas como máximo elemento de disuasión el de convertirlas en armas de batalla para la victoria**. Eso supondría considerar que ya no estamos atados por los límites que impone la convicción de la Destrucción Mutua Asegurada y que, en consecuencia, se rebaje el umbral a partir del cual alguna potencia nuclear pueda calcular que el uso de ingenios nucleares puede resultarle rentable en determinados escenarios.

De momento, tanto Estados Unidos como Rusia están implicados en los más ambiciosos programas de modernización de sus arsenales estratégicos, incluyendo sus vectores de lanzamiento (sean misiles balísticos y de crucero), sus plataformas submarinas y aéreas (con la próxima entrada en servicio de vehículos nucleares no tripulados) y los comúnmente denominados escudos antimisiles (una vez que el abandono decidido por George W. Bush en 2002 eliminó cualquier límite al desarrollo de sistemas de misiles antibalísticos). Este último ingenio, en el que EE. UU. va más adelantado que Rusia, es uno de los principales factores que explica el esfuerzo ruso para dotarse de armas hipersónicas que puedan atravesar cualquier sistema de defensa estratégica.

Pero también otros países, como el Reino Unido, han entrado en misma senda. En su reciente Revisión Estratégica Londres ha anunciado que dejará de dar información pública sobre el número de cabezas nucleares desplegadas, al mismo tiempo que ha decidido elevar su techo máximo hasta las 260, frente a las 180 que mantenía hasta ahora, e iniciar la construcción de los nuevos submarinos Dreadnought. Y en esa misma línea están, siguiendo la misma fuente, China (pasando de 320 a 350; aunque crece la percepción de que son muchas más y de que podría llegar a 1.000 al final de la presente década), Pakistán (de 160 a 165), India (de 150 a 156) y Corea del Norte (de una estimación



de 30-40 a otra de 40-50). Mientras tanto, se asume que Francia e Israel mantienen las que poseían un año antes (290 y 90 respectivamente), Estados Unidos ha pasado de 5.800 a 5.550 y Rusia, por contra, se queda con 6.255 (6.375 un año antes).

El problema añadido a esa tendencia alcista es que el entramado de mecanismos de control de la proliferación nuclear sigue debilitándose paso a paso. El único marco multilateral efectivo sigue siendo el Tratado de No Proliferación (TNP), en vigor desde 1970 y con vigencia indefinida desde 1995; aunque no haya conseguido evitar la nuclearización de Pyongyang o que el programa iraní haya llegado hasta el nivel actual. Por lo demás, tan solo cabe reseñar que Washington y Moscú han logrado al menos prorrogar hasta 2026 el START III en el último minuto; pero eso no puede hacer olvidar que por el camino han desaparecido el Tratado de Misiles Antibalísticos, el Tratado de Fuerzas Nucleares Intermedias (que afectaba especialmente a Europa), el Tratado de Cielos Abiertos o el Tratado de Prohibición Completa de los Ensayos Nucleares (abierto a la firma en 1996, pero sin entrar en vigor por la resistencia de China, Corea del Norte, Estados Unidos, India, Israel y Paquistán a ratificarlo). Poco cuenta, como contrapartida, el citado TPAN en la medida en que ninguna de las nueve potencias nucleares y ninguno de los países de la OTAN se ha animado a firmarlo.

Visto así, solo nos queda confiar en que al menos el reconocimiento del medio ambiente sano como un derecho universal por parte de la ONU<sup>3</sup> y la COP26 (Glasgow, 1 al 12 de noviembre) insufla algún optimismo para frenar una crisis climática que pone en riesgo la existencia de la especie humana (y muchas otras) en este planeta.

---

## **La crisis climática pone en riesgo la existencia de la especie humana (y muchas otras) en el planeta**